

## LAS VIEJAS LIBRERIAS DE BOGOTA

Por LAUREANO GARCIA ORTIZ

Al ser amablemente invitado a prestar mi opaco concurso a la Feria del libro, he creído que tal podría ser la ocasión oportuna de fijar mis recuerdos sobre los establecimientos de librería de la capital de Colombia, que empecé a frecuentar desde temprano en mi vida de estudiante, la que, por lo demás, no se ha cerrado todavía y perdurará, mediante Dios, hasta mi último aliento, pues nunca he sido otra cosa, al través de las muy diversas experiencias de mi vida, que un mediano estudiante en cuanto a aprovechamiento, y bastante bueno en cuanto a constancia.

Desde muy niño fui lector curioso y asiduo. La atracción de los libros era la más fuerte y constante que experimentaba mi espíritu. Mi vida infantil se imponía sacrificios de apetitos y diversiones por conseguir un libro. En ocasiones me abstenía de fiestas, de regocijadas empresas de amigos y camaradas, por quedarme con aquellos fieles y silenciosos compañeros de mis horas estudiosas. Mi guardarropa podía hallarse escaso y maltratado, pero mi pequeña biblioteca se acrecentaba con una nueva docena de volúmenes o con un nuevo y ordinario estantillo de pino pintado de negro. Nada de eso era por severa virtud ni por austeridad de costumbres. Ni una ni otra cosa pude pretender jamás: ello no hubiera correspondido a mi temperamento. Era tan sólo por satisfacer una curiosidad espiritual desaforada. Pero debo reconocer que a ello presidía cierto plan o dierto método. Mi biblioteca no se acrecentaba por aluvión fortuito, por casuales aportes: crecía por selección, por *afinidades electivas*, lo cual me libró de ser un bibliómano. Puedo haber sido un bibliófilo, un aficionado, lo que es cosa muy distinta.

\*  
\* \* \*

Cuando yo empecé mis estudios, existían en Bogotá apenas cuatro librerías: la de don Fidel Pombo, en los Portales o antiguas Galerías de la Plaza de Bolívar, devoradas como veinte años después por un espantable incendio. Esta librería era pequeña, muy pulcra y arreglada. Como muy digno hijo de don Lino de Pombo, don Fidel sólo introducía obras de ciencias exactas —teóricas y aplicadas— y de ciencias físicas y naturales. Ella fue al principio la de mi predilección, por afinidad con mis estudios de entonces, y en la que hice mis

primeras adquisiciones. El modesto dependiente del señor Pombo era entonces Roberto Mares, a quien la suerte tornó mucho más tarde en el afortunado dueño de la concesión Mares, primera reveladora de nuestra riqueza petrolífera. ¿Sólo por haber trasegado, sin siquiera leerlos, aquellos libros de mineralogía, de geología y de paleontología, Mares pudo agarrar al paso el único cabello de esa calva ocasión? Misterios del destino.

La librería de don Fidel Pombo, muchos años más tarde, pasó a ser propiedad de don Tadeo y don José de Dios Castro, asociados a don José Joaquín Guerra, quienes la trasladaron a la esquina de la calle 10 con carrera 8ª, bajos de la casa que fue de don Sixto Durán, y quienes ampliaron el negocio modernizándolo con buen gusto y buen criterio, dándole orientación más literaria; pero se retiraron del oficio al poco tiempo, en un local de la calle 12.

Situada en los mismos legendarios Portales, se encontraba la librería Barcelonesa, de Soldevilla y Curriols, sucesores de una más antigua, quizá de Capdevilla. Era la de comercio más activo en ese tiempo y atiborrada de ediciones de aparente lujo (tela roja ornamentada y cortes dorados) o francamente económicas (para el editor barcelonés, no para el consumidor bogotano). En tales ediciones, mediocres y bastante incorrectas, ponía al alcance de nuestros lectores poco exigentes, algunos de los libros consagrados por la cultura humana; pero al lado de ellos inundaba el mercado con producciones de una literatura barata, propagadora del peor gusto, capaz de inficionar toda una generación. Novelas francesas folletinescas de Paul Feval, de Ponson du Terrail, de Xavier de Montepin, de Gaboriau. Novelones españoles de Manuel Fernández y González (el menos malo), de un Enrique Pérez Escrich, de un Antonio de Padua, y de otros aún más desconocidos, y todos detestables.

En la Barcelonesa se abría el apetito de las pobres imaginaciones con toda clase de *misterios*: *Los misterios de Roma*, *Los misterios de la inquisición*, *Los misterios del Escorial*, *Los misterios del lecho conyugal*, *Los misterios del arte culinario*. Si prescindían de tantos misterios y sólo dejan los de la cocina, los lectores colombianos habrían resultado gananciosos, no sólo en sus intelectos sino también en sus estómagos.

Aún más: el catalán Curriols, sin criterio científico, ni moral, ni artístico, no era un verdadero librero profesional, profesión calificada desde tiempos antiguos entre las nobles, sino un mero comerciante de libros, que sin escrúpulos ni tapadijos satisfacía los gustos pervertidos de los muchachos, con las más apestosas pornografías. Así convertía la noble función social de fomentador e intermediario de las relaciones espirituales entre los hombres, en oficio rufianesco.

Una especialidad de la Barcelonesa eran sus pésimas traducciones. Libros originales de otras lenguas resultaban poco menos que desconocidos en las versiones españolas que propinaba a sus clientes la industria editorial peninsular. De seguro que eran traductores a destajo, a peseta el pliego, los míseros fautores de tanto estrago. Hasta

los títulos de los libros los vertían con extravagancia grotesca. Se les ocurrió que la *Madame Bovary*, de Flaubert, se llamara en español ¡*Adúltera!*, y que la artística fantasía de Théophile Gautier, *Mademoiselle de Maupin*, se titulara ¡*Hombre o hembra?*, tan sólo para hacerlos perversamente llamativos. Si esto era en el título, puede colegirse cuál sería la adulteración, la mutilación, el estropeo del texto. Y así dizque traducían a Lamartine, a Víctor Hugo, a Renán, a Taine. Algunos letrados bogotanos creían candorosamente conocer estos autores al través de esas traidoras traducciones, aunque Lamartine les resultara inferior a Forero Salazar, Víctor Hugo a don Peregrino Sanmiguel, Renán escasamente equivalente al doctor Ledesma, y Taine a Constancio Franco. Por ello, sin duda, en aquellos tiempos, un amigo mío, convaleciente de una fiebre tifoidea, hablándome de sus obligadas lecturas en la cama, se mostró muy fastidiado con un libro, según me dijo, "de un tal Flaubert", sin percatar que el tal Flaubert es uno de los príncipes de la literatura francesa y su *Madame Bovary* una de las obras maestras de la literatura universal.

No recuerdo haber adquirido en la *Barcelonesa* sino las obras de Julio Verne, en la popular e ilustrada edición de Gaspar y Roig, que los niños devorábamos con tanto gozo y provecho, y algunos de los pequeños tomos de la *Biblioteca Universal*, útil, simpática y bien dirigida selección de las obras maestras mundiales.

Hago memoria de un caso divertido que pude presenciar en la Librería Barcelonesa. En tal ocasión se presentó allí un caballero muy conocido en Bogotá, muy acaudalado, muy satisfecho y engreído de su fortuna heredada, de poco meollo y que mucho ignoraba su propia ignorancia. Se distinguía del resto de los humanos por sus chalecos muy vistosos, sus riquísimos alfileres de corbata y una cadena de reloj, la más pesada, gruesa y cargada de sellos, dijes y cachivaches que jamás se viera. ¡Era, pues, hombre muy distinguido! . . . Gustaba de hablar recio, para que todos lo oyeran, y así le dijo al catalán:

—En la casa que estoy acabando, y que para Bogotá será un verdadero palacio, mandé hacer para mi despacho una biblioteca muy grande, de nogal tallado, que me costó seiscientos pesos. Tengo que llenarla de libros, y para eso necesito seis hileras, cada una de este largo (y mostró un hiladillo rosado como de cuatro o cinco metros), y de esas seis hileras de libros, una hilera debe ser de los más grandes que usted tenga, tres hileras de medianos, comunes y corrientes, y dos hileras de pequeñitos. Prefiero de estos hermosos, de pastas rojas y doradas. . . .

Al catalán le brillaron los ojos, y fue de verse la actividad que desplegó en el inmediato arreglo del enorme lote, en que pudo colocar todo aquello que hasta ese venturoso día no había hallado cliente tan fácil, fastuoso y desinteresado por lo que los libros tuvieran por dentro.

Para mí ese establecimiento carecía de interés, y en su última época no puse allá los pies.

El día menos pensado, el activo catalán se marchó del país, habiéndose dicho por las malas lenguas que con los libros importaba de Barcelona ciertos productos litográficos cuya fabricación y expendio los tenía exclusivamente reservados el Banco Nacional. Más tarde las existencias de libros que quedaron aquí de la Barcelonesa ennoblecieron de sitio y de dueño, pues sin duda revisadas, desinfectadas y esterilizadas, pasaron a un local en el atrio de la Catedral y a poder de los señores Caros Castros, que con esa base abrieron una nueva librería que duró poco.

La librería de Curriols tenía en su puerta, como enseña, un enorme libro de lata pintada, que una noche de gran juerga, un grupo de bohemios presidido por el gracioso *Paturro Suárez*, descolgó de su sitio para ser enviado al gran bibliófilo doctor Juan Manuel Rudas, con una carta en la que se le ofrecía el único ejemplar del único libro que faltaba en su biblioteca.

De paso diré que el doctor Rudas fue hombre muy inteligente, muy ilustrado y de gran biblioteca. En ella fue encontrado muerto como *Petraña*: sentado ante su mesa de trabajo, con la frente descansando sobre un volumen abierto.

Como hombre de estudio, fue víctima de la mala calidad de las ediciones barcelonesas de ese tiempo. Por ello sufrió una tardía decepción, ya no reparable. Educado filosóficamente en Tracy, quiso revaluar tales doctrinas a la luz de Darwin, de Huxley, de Spencer. Pero leyó a éstos en las versiones fragmentarias e infieles, de Barcelona, y tarde vino a saber que no se había puesto en contacto con el verdadero pensamiento de los directores de la teoría evolucionista. Yo no creo, por otra parte, que él hubiera alcanzado su intento, ya tan tarde, aun cuando hubiera podido leer tales obras en sus textos originales. Para iniciarse, tanto en la filosofía escolástica de santo Tomás y sus derivaciones, como en la sensualista de Condillac y Tracy, bastan los estudios serios de humanidades. Pero para iniciarse en la filosofía moderna, no del todo bien llamada positiva y experimental, la preparación indispensable es el estudio de las ciencias naturales y biológicas y la posesión de sus métodos y procedimientos. Sin ese cimiento, mal se entenderá no sólo a Spencer sino a Bergson, y esa deficiente preparación es la causa de algunas indigestiones intelectuales que aquí se han exhibido.

El doctor Rudas, de sólidos conocimientos jurídicos, políticos e históricos, no tenía los requeridos para rehacer en los últimos años de su vida, con la honradez que siempre caracterizó sus trabajos intelectuales, el sistema de sus opiniones filosóficas.

\*

\* \* \*

La Librería Americana, la del insigne don Miguel Antonio Caro, era otra de las que funcionaban en ese entonces, en un local que ya no existe, en la calle 12, amplio almacén en los bajos de la casa que fue de don Aurelio París, luégo del Gun Club, más tarde de la Com-

pañía Colombiana de Seguros, y hoy magnífico edificio de almacenes y oficinas, uno de los que son propiedad de Camacho Roldán & Cía. Más tarde se trasladó a la cuadra siguiente de la misma calle 12, hacia el oriente, la de la Rosa Blanca, en espacioso local de la casa del general Julio Barriga, hoy también transformada. Y más tarde, todavía, se mudó a la calle 14, en la proximidad del templo protestante, donde cambió de dueño.

Uno de los dependientes del señor Caro fue Gregorio Gutiérrez Isaza, mi condiscípulo de primeras letras en Medellín, que murió muy joven, amable y bueno como el pan, e hijo del gran poeta de la Montaña el glorioso Gregorio Gutiérrez González. El otro dependiente, que a la vez adelantaba sus estudios, era José Vicente Concha, dueño más tarde de la librería y al fin presidente de Colombia. Bien se ve que iniciar las actividades de la vida como empleado de librería, no es obstáculo para llegar a altos destinos: Mares llegó a millonario y Concha a jefe del Estado.

Quien conoció a Caro pudo colegir lo que significaba la Librería Americana mientras fue suya y lo que allí se encontraba: los clásicos en general, en las mejores ediciones posibles en el comercio, en los textos originales o en las versiones más autorizadas, especialmente en la *Biblioteca Clásica*, utilísimo esfuerzo editorial de España. La gran *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneira, de la que el mismo Caro decía que había hecho más ciegos que sabios, a causa de sus innumerables y grandes volúmenes y de su tipo compacto y menudo. La preciosa y abundante *Colección de Escritores Castellanos*, en la que figuraban dos o tres colombianos. La simpática *Colección de Autores Españoles*, hecha en Leipzig por Brockhaus.

Por de contado, allí aparecían los afamados escritores contemporáneos de España: Trueba y Fernán Caballero, Selgas y Alarcón, Pereda y Pérez Galdós, Valera y la Pardo Bazán, Campoamor, Núñez de Arce y Bécquer, Balmes y Menéndez y Pelayo. Algunos libros de polémica o controversia religiosa, algunas obras pedidas por encargo de la clientela académica y sacerdotal, y pare de contar.

La Librería Americana comenzó a editar aquí, sin duda con provecho para ella y muy positivo para el público, algunas producciones españolas, a lo que puso fin el deplorable tratado de propiedad literaria celebrado por el señor Quijano Wallis, quien murió creyendo que con ello había hecho una gran cosa.

En esa Librería Americana fui comprando, a la medida de mis posibilidades, los diversos tomos (que se vendían sueltos) de los ensayos literarios, históricos, políticos y críticos de lord Macaulay, contentándome con la magnífica traducción al español de Juderías Bender, que hace parte de la *Biblioteca Clásica*, y deleitándome en su lectura, mientras más tarde pude conseguir la edición inglesa en la librería de Jorge Roa. Desde muy niño, en Medellín, mi maestro de inglés, don Tomás Herrán (una de las personas que he querido más en la vida), ilustre hijo del general Herrán, nieto del general Mosquera y padre de excelsas y santas mujeres, verdadero *scholar*, a quien le

correspondió firmar el tratado Herrán-Hay entre Colombia y los Estados Unidos, y para quien, por ello, pidió la horca un energúmeno, obseso profesional de *patriotismo*, de cuyo nombre no quiero acordarme, aquel mi amado y cultísimo maestro, patriota verdadero por sangre, por cultura y por sentimiento, me hacía recitar el párrafo famoso de lord Macaulay sobre el pontificado romano, y me lo hacía escribir al derecho y al revés. Cuando pude leer, uno a uno, sus ensayos completos, aquello fue una revelación y un estímulo, y marcó una etapa en mi vida espiritual. En Inglaterra se dice que después de la *Biblia* el libro más leído en inglés ha sido la obra de Macaulay. Para los hispano-parlantes, la lectura de Macaulay en inglés es fácil, porque él y Gibbon son quizá los más latinos de los grandes escritores ingleses. No así el difícilísimo Carlyle, que es sajón hasta la entraña. Mi primera y muy viva simpatía por Taine la despertó el estudio que consagró a Macaulay en su historia de la literatura inglesa. Un muy inteligente escritor colombiano y muy amigo mío, el maestro Sanín Cano, escribió hace largos años, en *El Telegrama* de Jerónimo Argáez, un artículo contra Macaulay, dejándose arrebatar del mismo apetito iconoclasta que arrastró a Emilio Faguet a atacar a Víctor Hugo. Aquel atentado me ofendió personalmente. Macaulay, con lazo de simpatía, me ligó a la librería del señor Caro.

\*

\* \*

La Librería Torres Caicedo, de propiedad del general conservador don Lázaro María Pérez, luego asociado a su activo y laborioso hijo don José Joaquín Pérez, se llamaba como queda dicho, en honra del escritor y diplomático don José María Torres Caicedo, a quien sin duda el general Pérez profesaba, hasta ese punto, un cariño y una admiración que merecían justificarse. Torres Caicedo fue personaje de vida accidentada y pintoresca, arribista afortunado, que supo abrirse una carrera y administrar su gloriola, con imperturbable paciencia y hábil reclamo. Comenzó por ser criado y luego familiar del ilustre arzobispo Mosquera; lo primero le enseñó a ser dúctil y maleable; lo segundo le enseñó el arte del ceremonial, las complicaciones del protocolo y las untuosas habilidades de los tratamientos. Con esas bases, paso a paso fue subiendo hasta llegar a ser ministro de las repúblicas de El Salvador, de Venezuela y de Colombia ante el imperio de Napoleón III, y esos altos puestos, en lo que a Colombia se refiere, siendo él conservador, y conservador de intransigencia teórica, los obtuvo de gobiernos tan liberales como los de Santos Gutiérrez y Eustorgio Salgar.

Mas antes de irse fuera del país, desaparecido el arzobispo y dejado el roquete, púsose a escribir en los periódicos como agresivo corifeo conservador y vino a pagar su agresividad en manos de los *alacranes* Posada y Gutiérrez de Piñeres, conservador aquél y liberal draconiano el último. Herido en su cuerpo diminuto por una bala y en su amor propio gigantesco por el ridículo, fue a buscar la vida

y con quién casarse en Europa. Llegado allá, todo fue fácil para su intriga y habilidad triunfantes. Se sentó a la mesa de los visibles personajes del imperio, se hizo amigo de las grandes figuras de la literatura y logró un matrimonio de conveniencia económica. De América llevó cargos y credenciales que le abrieron las puertas en Europa, y desde allí inundó a América con la fama de sus relaciones y condecoraciones. Pocos latinoamericanos han explotado la publicidad como Torres Caicedo. Escribió como una docena de volúmenes de estudios políticos, biográficos, miscelánicos y de versos, algunos precedidos de cartas con abstractos y vagos encomios de César Cantú, de Julio Janin, de Emilio Castelar y de Lamartine. Sólo le faltó Víctor Hugo, mas el malicioso padre Hugo se había vuelto parco en la expedición de autógrafos. Los libros de Torres Caicedo, en ediciones costosas, carecen de originalidad en el pensamiento y de personalidad en el estilo. Se les podría aplicar aquella espiritual calificación de Rossini: "Tienen de bueno y de nuevo, pero lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno."

Después de tanto ruido y tanto bagaje, nada quedó de él digno de ser registrado en la historia del pensamiento y de la literatura colombianos.

Mas él se retrató a sí mismo y dio de su carácter una noción exacta, al anunciar en la falsa portada de una de sus obras, como hallándose en prensa o en preparación, el siguiente libro:

"*Galería infernal*: los que no pudiendo *ser*, se desviven por *parecer*: intrigantes civiles y militares, hombres de Estado y diplomáticos de encrucijada, generales de carnaval, literatos y poetas de desecho, traficantes políticos, concusionarios y prevaricadores."

Ese libro, naturalmente, nunca apareció y nunca fue impreso. Tal parece su anuncio como un *chantage* dirigido a los hombres todos de la América Latina, para inspirar temor y recoger sufragios. Pero en caso de que así no fuera, el solo intento y la forma del anuncio parecen reñidos con todo elevado carácter en un personaje de tan alta situación. Al propio tiempo revela una inconsciente audacia al precisar ante las gentes algunos rasgos tan propios, tan característicos de su propia persona.

Mas dejemos dormir al señor Torres Caicedo. Caigo en la cuenta de que estoy desenterrando a Tutankamen. No se puede negar que en vida tuvo admiradores sinceros, entre otros el general Lázaro María Pérez, que lo honró bautizando con su nombre una librería interesante. Interesante porque era la única que en tal tiempo tenía relaciones con otras librerías de Hispanoamérica. Quien necesitara entonces un libro de México, de Cuba, del Perú, de Chile o de la Argentina, lo encontraba en aquella librería y sólo en ella. Sin ella habríamos estado incomunicados intelectualmente con los países hermanos.

El local durante largo tiempo de esa librería de Lázaro María Pérez e hijo, fue en los bajos de la casa propia del general en la tercera calle de Florián con la calle del templo protestante (calle 14).

Mas en alguna ocasión posterior estuvo en la primera Calle Real, quizá en los bajos del actual hotel Atlántico, y también estuvo en el atrio de la Catedral, en los bajos de la casa de don Juan Manuel Herrera.

\*  
\*   \*

Fuera de esas cuatro librerías importantes, se contarían otras, o más bien, almacenes de útiles de escritorio, en los que subsidiariamente se vendían algunos pocos libros, especialmente textos y premios escolares. Tales eran las de don Manuel Pombo, la de don Manuel Gómez Calderón, la de Torres Amaya y la de Chaves. Las librerías de provincia, donde las había, no merecían tal nombre, pues apenas si en ellas se vendían devocionarios y librillos de recreación infantil, al lado de especias y de medicamentos. Estos deben de tener alguna misteriosa relación con los libros, pues en el antiquísimo imperio de los faraones, en el portal de las bibliotecas se leía: "Remedios del alma." Quizá la menos deficiente de nuestras librerías provinciales, y lo era mucho, sería la de don Abraham Moreno, en Medellín.

Preciso es añadir que el doctor Bernardo Herrera Restrepo, en ese entonces rector del Seminario de Bogotá, en una librería que estableció en el propio Seminario, puso al alcance del clero, por cuya altura mental propendía con empeño, un acervo considerable de libros. Pero inútil sería apuntar que éstos tan sólo se relacionaban con la teología, la filosofía católica, la historia eclesiástica, el derecho canónico, la controversia religiosa y las prácticas de piedad. La clientela, pues, fuera del propio clero, era muy reducida y especial.

El alimento intelectual requerido por Bogotá y por casi todo el país, lo suministraban, pues: una librería pequeña, especializada, estrictamente técnica, la de don Fidel Pombo; otra, la Barcelonesa, indiscriminada, fofa, sospechosa y cínicamente mercantil; otra, clásica, académica, hispanófila, especialmente literaria y estrictamente ortodoxa, la del señor Caro; y otra, la llamada *Torres Caicedo*, especializada en la producción hispanoamericana.

Bogotá y Colombia, para entonces, necesitaban algo más que eso, y mucho más que eso. Lo que necesitaban la capital y el país, vino a suministrárselo la Librería Colombiana de Camacho Roldán y Tamayo.

\*  
\*   \*

En el año de 1932 cumplió medio siglo de vida la Librería Colombiana. Para tal conmemoración fue mi deseo (y llegué a pensar que mi obligación) el de rendirle a la benemérita institución fundada por el doctor Salvador Camacho Roldán y don Joaquín Emilio Tamayo, el cariñoso homenaje de mis recuerdos personales.



En verdad, consuela y conforta que un foco irradiante de cultura logre alcanzar esa edad en nuestro país, y por ello hubo de parecerme entonces imperdonable que se pudiera dejar pasar inadvertida una fecha señalada en los anales, ricos o pobres, de la vida intelectual de Colombia.

Ciertamente que no pudo pasar inadvertida; pero yo no pude llenar mi deseo y satisfacer mi deuda personal en tal año. Labores parlamentarias primero, y luego una premiosa misión diplomática en la América del Sur, no me lo permitieron.

No es en estos apuntes donde yo pueda pretender definir y calificar la sobresaliente mentalidad del doctor Salvador Camacho Roldán; pero es mi creencia que, para el caso, quizá sólo don Santiago Pérez, entre sus contemporáneos, por la naturaleza y extensión de sus conocimientos, podría igualarle en la idoneidad para apreciar el ambiente espiritual de Colombia en esa época, para determinar el alimento intelectual que tal ambiente y tal época demandaban, sin intransigencia, sin intolerancia de secta religiosa, de partido político o de escuela literaria, mas dentro de las normas de la sana moral y del buen gusto.

Caro era una inteligencia soberana y una grande ilustración, pero mantenida ésta dentro de ciertas zonas, y sus ideas religiosas y políticas, sostenidas por su fuerte temperamento y vigorosa personalidad, se manifestaban en la selección de las obras que exclusivamente vendía en su Librería Americana. El país, repito, necesitaba y quería otra cosa.

En materia filosófica una valla abismosa separaba dos escuelas extremas e irreducibles. Los ultra-azules llegaban a encontrar sospechoso, al menos no suficientemente ortodoxo, al admirable Balmes, el mayor de los pensadores católicos españoles del siglo, y sólo depositaban plena confianza en el padre Ginebra. Los ultra-rojos se encastillaban todavía en Condillac y Tracy, cuando ese crudo sensualismo no figuraba ya sino en la historia de los sistemas filosóficos y era tenido por desmonetizado en las grandes universidades europeas; éstos se consideraban muy al día con la lectura del libro *Fuerza y Materia* del alemán Büchner, materialista a pie, cuyo burdo concepto sobre la esencia de la materia no necesitó que la radioactividad viniera a aniquilarlo, pues ya había sido desdeñado por filósofos racionalistas de mayor enjundia.

Si los ultra-azules, bajo la bandera del padre Ginebra, encontraban a Balmes no digno de entera confianza, los ultrarrojos bajo la bandera de Tracy, tenían a Spencer por muy sospechoso. A éstos les disgustó que el doctor Rafael Núñez, todavía *liberal irrevocable*, aconsejara a la juventud, en un discurso universitario, el estudio de la filosofía positivista y evolucionista de Herbert Spencer, y miraban como reaccionario al señor Roethlisberger, profesor de filosofía e historia en la universidad nacional, contratado por el gobierno en Suiza, librepensador, racionalista ecléctico, quien a la vez que recibía los tiros elocuentes de Rojas Garrido, fue blanco sobre el cual hizo

sus primeras armas la pluma castiza y combativa de Marco Fidel Suárez.

El doctor Camacho Roldán, al fundar la Librería Colombiana, quiso que los estudiosos de su país pudieran beber en sus propias fuentes el pensamiento filosófico universal, que formaran su propio criterio leyendo a Bacon y Descartes, a Spinoza y Leibnitz, a Kant y Hegel, a Comte y Spencer, que se empaparan en los comentadores y críticos de los varios sistemas. Se dice que ello es peligroso, que ello puede ser causa de extravío o de indigestión. Pero en la mesa abundante y surtida, cada cual busca y elige el manjar apropiado a su apetito y a su digestión. Por cuidar de los débiles y enfermos no se puede condenar a los fuertes y sanos a la abstinencia y al ayuno. A los de fuerte estómago no se les puede sujetar al régimen alimenticio de los dispépticos.

A los que se extralimiten o abusen de sus capacidades, a los que se excedan en alimentos impropios, la propia naturaleza corrige y detiene en el exceso. Por lo demás, esos peligros son los que existen en la natación o en la aviación: quien quiera nadar o volar, necesariamente debe someterse a las contingencias. Y para que algunos naden o vuelen es inevitable que otros se ahoguen en las aguas o perezcan en los aires. Para que esto no suceda, no sería posible amarrarlos a todos con el rejo del Padre Ginebra o ponerles los tapaojos del abate Condillac y del conde de Tracy.

Por ello pareció que el doctor Camacho Roldán hubiera abierto las ventanas de par en par.

Lo que pasaba en materia filosófica, ocurría también en las ciencias políticas. Muchos personajes, no de los más atrasados, que eran conductores políticos en la nación o en las secciones y que venían anualmente a los congresos, no tenían otra instrucción política que la recibida —si en realidad la recibieron— de los defectuosos y superficiales textos de las facultades oficiales o privadas y luego de los editoriales del doctor Mariano Ospina Rodríguez en *La Sociedad* de Medellín; de don Miguel Antonio Caro en *El Tradicionista*; de don Carlos Holguín en *La Prensa*; de don José Joaquín Ortiz en *La Caridad*; de don José María Samper en *El Deber*; de don Sergio Arboleda en *El Conservador*, para quienes fueran conservadores. Y de los editoriales de Rafael Núñez en *El Porvenir* de Cartagena; de Florentino Vezga y José Herrera Olarte en el *Diario de Cundinamarca*; de Felipe Pérez en *El Relator*; de Santiago Pérez y Felipe Zapata en *La Defensa*, para quienes fueran liberales.

Sin duda que todos los citados, de uno y otro partido, eran muy buenos escritores, muy versados por estudio y experiencia en el arte de gobernar a los pueblos, pero la instrucción que propinaban a sus lectores era necesariamente fragmentaria y circunstancial, impregnada de las exigencias y de los vicios de la polémica periodística y del espíritu de partido, bastante extraña, pues, a la ciencia política sistematizada y desinteresada.

Fuera de ellos, muy contados serían quienes como los doctores Francisco Eustaquio Alvarez, Teodoro Valenzuela y Carlos Martínez Silva, tuvieran en sus bibliotecas privadas algún expositor político fuera de Montesquieu, Rousseau, De Tocqueville y Benjamín Constant; pero si alcanzaron a tenerlo, fue como el oro en paño y para su propio uso y delectación.

En ciencias económicas, fuera de los doctores Camacho Roldán, Miguel Samper, Santiago Pérez y Aníbal Galindo, a duras penas se hallaba quien supiera algo más que lo enseñado por los compendios escolares y por J. B. Say y Bastiat. El muy corto cuaderno manuscrito del doctor Santiago Pérez, modelo de exposición clara y sintética de la escuela clásica, pasaba de las manos de los estudiantes a las de los periodistas aficionados, como el *summum*, como lo único que había que aprender en la ciencia económica. Cuando vino el profesor belga Eugenio Hambursin, contratado por el gobierno, quien hizo un curso moderno de economía política y otro de economía industrial y agrícola, sólo cinco alumnos los seguimos y los terminamos, y a esos cursos, honrándolos mucho y lamentando que el concurso de los oyentes durante dos años fuera tan escaso, asistieron con frecuencia los doctores Camacho Roldán, Miguel Samper y Juan de Dios Carrasquilla.

El desconocimiento de lo que las cuestiones económicas significan en el gobierno de las naciones era entonces tan común, que un estadista conservador, que llegó a ser presidente de Colombia, en una polémica política quiso poner en solfa los apoyos estadísticos que el doctor Camacho Roldán procuraba con ahinco en la apreciación de nuestros problemas nacionales. Para tal ilustrado político conservador, era asunto de risa que un hacendista, compatriota suyo, quisiera conocer o se apoyara en cifras más o menos exactas, relativas a la producción, consumo y comercio de artículos nacionales, o al costo de artículos de producción extranjera importados al país. Ese hombre de Estado conservador ignoraba, o pretendía que los demás ignorasen, que hoy no se puede gobernar al oído y que la estadística es el único índice seguro de que disponen los gobernantes para señalar rumbo y el único termómetro que con previsión revela la marcha ascendente de la prosperidad colectiva, su estancamiento o el principio de oculto y peligroso descenso.

Pero un problema humano tan extenso, tan complejo, tan aleatorio como el problema económico, no se abarca en su conjunto ni se domina en sus múltiples fases y en sus complicados detalles siguiendo puntualmente un curso o leyendo atentamente uno o más tratados aun cuando éstos fueran el de Leroy-Beaulieu en cuatro grandes volúmenes, el de Cawes en otros tantos, el de Colson en seis, todos tres franceses y hoy un tanto retardados; fueran los ingleses, más llenos de hechos y de cifras que de aforismos; fueran los alemanes, pesados e ininteligibles; fueran los norteamericanos, novísimos y un tanto apresurados.

Cada uno de los innúmeros problemas de la producción, de la circulación y del consumo de la riqueza, cada uno de los conflictos de

la tierra, del trabajo, del capital y del crédito, necesita una especialización, una afición, si se quiere una vocación particular, pues el abarcar el conjunto no se compadece con las limitaciones de tiempo y de capacidad de un solo individuo.

En la Librería de Camacho Roldán y Tamayo, cada una de esas aficiones encontró su aliciente en obras especiales. Así se formaron, si no verdaderos expertos, sí servidores útiles. Algunos dieron sus frutos directos, otros enseñaron y despertaron vocaciones que ya están sirviendo al país. Sin esa librería quizá no hubieran completado su excelente formación en ciencias políticas, Nicolás Pinzón W., Roberto Ancizar, José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres y Diego Mendoza, para no citar sino los que ya no viven. Cinco hombres semejantes, a ninguno de los cuales le alcanzó la vida para dar todo su rendimiento, encontraron en aquel benéfico arsenal muchas de las piezas de su excelsa armadura intelectual.

Fuera de las ciencias filosóficas, morales y políticas, la Librería Colombiana puso al alcance de su clientela, con amplio pero sesudo discernimiento, los mejores frutos de la cultura moderna. Sin ella habríamos sabido tarde que las ciencias históricas habían comenzado a renovarse al influjo de la crítica documentada y con el auxilio de todas las disciplinas anexas: la etnografía, la filología, el folklore, la historia de las religiones y la historia de las artes. Sin ella no habríamos conocido quizá nunca, las historias de Buckle, de Thierry, de Michelet, de Mignet, de Foustel de Coulanges. Sin ella habríamos carecido quizá para siempre, en ediciones legibles y autorizadas, de las principales obras de la literatura moderna universal.

Una sección muy útil de la Librería Colombiana, y a la cual ha prestado siempre una atención especial, es la de obras nacionales, no sólo a las que aún se hallan en mercado ordinario, sino a las agotadas, de difícil adquisición. Nadie sabe, o se sabe muy bien, cómo desaparecieron o desaparecen los libros colombianos, tanto los buenos como los medianos, hasta el punto de que la mayor parte llegan a convertirse en verdaderas curiosidades bibliográficas. Muchas de ellas, para un estudio o investigación, no sería posible procurarlas sin el auxilio de esa librería.

\*

\*   \*

El doctor Camacho Roldán carecía de la noción y de la afición mercantil. Era una inteligencia y una ilustración, en grado máximo, al servicio de la cultura colombiana.

En uno de sus viajes al exterior inició relaciones muy provechosas, organizó conexiones útiles, adquirió informaciones precisas, ordenó despachos indispensables, todo para el conveniente desarrollo y provecho de su librería. Pero hizo algunas adquisiciones que ningún comerciante habría hecho, y que sólo un hombre de su refinado gusto podría ser tentado a realizar.

A Bogotá, a los almacenes de artículos de fantasía y regalo, han venido siempre esos bronces o apariencias de bronces, que pretenden

ser artísticos y no son otra cosa que artefactos de comercio de *bric-à-brac*. Más que de bronce son de lata, fabricados en piezas y hechos en moldes de estampa y compresión, acomodadas las piezas y soldadas con disimulo bajo el barniz bronceado o dorado, luego montados en pedestales ostentosos de mármol, de jaspe o de malaquita, también de apariencia. Así fabrican Venus de Milo, y Apolos de Belvedere, y Mercurios emprendiendo el vuelo, tamaño natural, para los vestíbulos, y primaveras cubiertas de flores, y otoños cubiertos de pámpanos, y bacantes de senos y muslos desabrigados, y bayaderas saltantes, y faunos tocando flauta. En salones bogotanos, de gente rica y distinguida, se ven todavía esas atrocidades. En el exterior también se ven, pero en casas de tenderos acomodados y candorosos, en cafés de tercer orden y hoteles de arrabal.

El doctor Camacho Roldán, para hacer ver aquí bronce de arte verdadero y para tantear el gusto, trajo una docena de auténticas fundiciones de Barbedienne, naturalmente, por su alto costo, de los tamaños pequeños. Pero en esta capital, en ese tiempo, no hubo quien pudiese comprender que uno de esos pequeños bronce, sin pedestal ni accesorios, pudiese valer \$ 250, sin mayor utilidad para quien lo trajo, cuando en el almacén del Buchón Rodríguez podía comprarse uno muy grande, encaramado en una columna de jaspe, por \$ 35 (con enorme ganancia para el Buchón).

De la docena que trajo el doctor Camacho, sólo dos o tres pudieron venderse. Alguno sirvió para regalar a un amigo dilecto. El resto: un Moisés de Miguel Angel, un Penseroso de Benvenuto Cellini, un jugador de disco, un gladiador herido, etc., fueron a parar a las casas de la familia.

Y aquí entro yo. Entonces era estudiante y vi abrir la caja que traía esos bronce. Entre ellos salió un busto de Cristo, obra de Flatters. Para mí, de todas las representaciones artísticas de Cristo que conozco, aún más que las de Leonardo de Vinci y el Ticiano, las que prefiero en pintura son las tres de Hoffmann: Cristo niño entre los doctores, Cristo y el joven rico, y Cristo orando en el huerto, que es el mismo Cristo en diversas edades y situaciones, pero siempre el mismo. En escultura no hay rival posible para el busto de Flatters. Este no es el Cristo doliente sino el maestro sereno, agosto, a la orilla del mar de Galilea; la nobleza y el equilibrio integrales; el dominio espiritual absoluto de la naturaleza humana, no por esfuerzo sino por gracia. Tal imagen se apoderó de mí instantáneamente. Me enamoré de ella de súbito, y el impulso inmediato e imperativo fue el de hacerla mía. Debo declarar con franqueza que en ese entonces tal emoción no era de carácter místico sino meramente estético. Pero cuando el hombre se enamora, la inevitable y fatal consecuencia es el deseo premioso de llevarse el objeto de su amor para su casa, sea una niña, sea una obra de arte. Pero, en uno u otro caso, se tropieza de ordinario con el obstáculo de la capacidad adquisitiva. Ese busto tan pequeño valía el equivalente de cien dólares. Es preciso meditar lo que tal suma representaba en esos tiempos y, sobre todo,

para un estudiante. Mi presupuesto era muy exiguo y mis fondos disponibles apenas alcanzarían a la quinta parte de aquello. La noción de la realidad y el buen sentido se impusieron al impulso pasional, y me abstuve de toda tentativa acaparadora; pero los días subsiguientes, sin faltar uno solo, entre clase y clase, acudí a la Librería Colombiana a contemplar el Cristo de Flatters, a embeberme en su visión, a recibir su apaciguadora, su equilibradora influencia, a soñar en lo que sería mi vida si tal impresión la recibiera perpetuamente en mi estancia, donde, con esa imagen, no podrían reinar sino la paz y el sosiego. Ya se ve que estaba perdidamente enamorado, pues tales son los fenómenos que se presentan en ese estado específico de desarreglo de la imaginación. Continuaron mis visitas cotidianas, hasta un día que hallé que el busto había desaparecido de su sitio. Con inquieta ansiedad inquirí la causa con Juan Uricoechea, el jefe de tal departamento, y éste me dijo que don Demetrio de la Torre (el gran ricacho bogotano de esos días) lo había hecho guardar, reservándolo para sí. Mi protesta fue inmediata e irreflexiva: yo reclamé no sé qué derecho de prioridad, encendido de emoción. Mi alegación fue interrumpida por la entrada del doctor Camacho Roldán, quien advirtiéndome algo revuelto, preguntó: "¿Qué ocurre con don Laureano?" Aquel hombre ilustre que fue amigo de mi padre y de mi casa, que me conoció niño y fue luego mi profesor, me llamó siempre ceremoniosamente *don Laureano*. Explicado brevemente el caso, el doctor Camacho le dijo a Juan: "Don Laureano tiene derecho a ser preferido." Pero tal sentencia me hizo despertar, vi con inmediata claridad la imposibilidad práctica de aprovecharla, y bastamente corrido, por cierto, me declaré incapacitado para sostener mi pretensión. Entonces ese varón admirable dispuso así: "Don Juan: hágame el favor de abrir en los libros una cuenta con el nombre de don Laureano y de enviarle el busto a su casa." Ese día quedó abierta una cuenta que se ha movido durante medio siglo, y mi luna de miel con el divino Cristo perdura desde entonces.

Otro caso que me atañe. Entre los efectos invendibles en este mercado que trajo el doctor Camacho Roldán del exterior, figura una obra monumental, en grande in folio, 53 × 36, y en dos volúmenes regiamente empastados en tafilete rojo, de grano. Era el estudio de sabios viajeros, por cuenta y costo de testas coronadas, de las antigüedades mexicanas, y uno de los libros fundamentales de la arqueología de América. Un volumen contenía el texto y el otro el atlas hecho a todo lujo, con magníficos grabados de los monumentos hasta entonces conocidos de los aztecas y mayas.

Esos dos enormes volúmenes venían envueltos en franela, para evitar cualquier desperfecto y asegurar su incólume conservación. No encontrando nunca cliente para tal obra, Uricoechea la mantenía cuidadosamente guardada, y yo alimentaba una secreta pero persistente ambición por penetrar, mediante ella, en uno de los grandes misterios americanos, o sea el de la civilización maya. En el curso del tiempo se había acumulado en mi casa un gran acopio de novelas

inglesas, franceses e italianas, obras apreciables, favorecidas por la crítica y de reputación universal, pero que una vez leídas no encontraba ya necesidad ni conveniencia en mantenerlas en mi biblioteca, dado el carácter y la índole de ésta. Como se hallasen en perfecto estado y fuesen libros de extensa demanda, le ofrecí el lote a Juan Uricoechea en cambio de las antigüedades mexicanas, y a pesar del costo de esta obra, muy rara por cierto, se me aceptó la propuesta. Más tarde, siendo yo ministro de relaciones exteriores, me tocó recibir a uno de los diplomáticos de mayor cultura y simpatía que me ha sido dable conocer, don Antonio Mediz-Bolio, representante de México. Durante su estancia en Bogotá, en el salón del Cinerama le ofrecí a un concurso muy distinguido dos o tres conferencias, con proyecciones muy interesantes, sobre la civilización maya. Al terminar la última le invité a cenar en mi casa y allí, al felicitarle por el extraordinario interés de su conferencia, advirtió que yo tenía ligeras nociones sobre el tema que él había desarrollado. Le hice ver la obra en que yo había adquirido tales nociones, y se mostró muy sorprendido de hallar ese libro en Bogotá, manifestándome que teniendo noticia de él, jamás había logrado verle; que él sabía que en el palacio presidencial de México existía un ejemplar que había pertenecido al emperador Maximiliano. Más tarde, el señor Mediz-Bolio fue promovido por su gobierno de Bogotá a Buenos Aires. Uno de los grandes diarios argentinos solicitó de él una entrevista para tomarle sus impresiones sobre Colombia y Bogotá, y las dio con extraordinaria simpatía y benevolencia. Hablando de la capital de Colombia, dijo que (en 1921) no sería una gran ciudad moderna, pero que tenía características muy interesantes, fuera de su aspecto colonial y de sus tradiciones históricas; pero que lo más interesante era Bogotá visto por dentro, en sus modalidades sociales, en lo cual el extranjero encontraba agradables sorpresas nunca experimentadas en otras partes. Que allí había dictado alguna conferencia sobre asunto que él creía dominar y que, contra su expectativa, había sido escuchado, sobre un tema al parecer muy extraño para el público colombiano, con sorprendente atención, y que al salir del salón de conferencias había ido a cenar a la casa del ministro de relaciones exteriores, donde había visto libros sobre etnología y arqueología americanas que él conocía apenas de oídas.

Bien se echa de ver que el doctor Camacho Roldán, el competentísimo ministro de hacienda de la administración Salgar, podía cometer yerros mercantiles que cualquier comerciante evita, pero esos mismos yerros, como acaba de verse, contribuían a la reputación de cultura de su patria, que era uno de los propósitos cardinales de su ilustrada actividad.

Quedan definidos los servicios que Camacho Roldán y Tamayo le prestaron a la comunidad colombiana; pero si el doctor Camacho Roldán era el pensamiento y el espíritu de la empresa, Joaquín Emilio Tamayo y los hijos de aquél fueron quienes, en la primera época, aseguraron la vida y el éxito del empeño en su desarrollo práctico.

Nada más noble que el propósito del doctor Camacho: muy bien que viniera el éxito económico, pero sin sacrificar a éste el concepto espiritual. El podía cometer yerros mercantiles que sus asociados sabían reparar, pero se mantendría incólume el prospecto ideal de la institución; ideal de alta moralidad y de difusión de verdadera cultura.

La pulcritud de su alma y la virilidad de su temperamento no hubieran permitido nunca que el establecimiento que llevaba su nombre trajera a sus anaqueles y vitrinas aquellos libros inspirados en especulaciones rufianescas, en desbordes y extravíos de la sensualidad, en la porquería literaria que hoy anda en manos de mozos y mozas para ludibrio de una civilización que muestra con ello su fatal decadencia. "A algo podrido huele en Dinamarca", decía Shakespeare. Desde los tiempos de Pentápolis, ha venido la catástrofe cuando "la naturaleza equivoca sus caminos", según la honda y discreta expresión bíblica.

Fuera de sus dos fundadores y de sus hijos, la Librería Colombiana tuvo el concurso competente y eficaz de dos meritorios colaboradores: don Juan Uricoechea y don Roberto Mac Douall. El primero, de extensa y exacta información, de activa puntualidad y asidua consagración. El segundo, de gran preparación literaria, poeta popular e ingenioso, de extraordinario atractivo para la clientela.

La Librería Colombiana abrió sus ventas en el gran salón alto que formaba todo el frente del antiguo Bazar Veracruz, en la segunda Calle Real. Luégo se trasladó a la calle 12, entre carreras 7ª y 8ª, en la mitad de la cuadra, acera norte, en un pequeño local, de una sola puerta, exactamente enfrente de un local similar que ocupaba don Manuel Pombo (íntimo amigo del doctor Camacho Roldán), también con libros y útiles de escritorio. Luégo se trasladó al local inmediato al oriente, de dos pisos, con una puerta sobre la calle, de todo el ancho del local; en el piso bajo la librería, en el alto los escritorios. La comunicación entre los dos pisos se hacía por una escalera de tirabuzón, situada en el ángulo izquierdo del fondo. Más tarde, y al parecer de modo definitivo, se instaló en el nuevo, hermoso y adecuado edificio que construyó ella misma, inmediato al costado oriental del anterior, y que hace pocos años se partió en dos locales, casi iguales, en la parte baja, al efectuarse la liquidación entre la sucesión Camacho Roldán y la sucesión Tamayo, y que corresponden a la Librería Colombiana y a la Librería Santafé, respectivamente.

\*

\* \* \*

En la única casa antigua que resta en la calle 12, entre carreras 7ª y 8ª, en la acera sur y en la mitad de la cuadra, en local de una sola puerta, ocupada anteriormente por don Manuel Pombo, fundó Jorge Roa la Librería Nueva, quizá por los años de 1891, en el mismo frente de la Librería Colombiana.



Esa Librería Colombiana, de que me he ocupado con tanto interés y cariño, parecía haber llegado a su pleno y natural desarrollo, de acuerdo con su propia virtualidad y con la capacidad del mercado que debía servir; pero parecía haber entrado en un período estático; no traía ya sino lo consagrado, lo garantizado por la crítica. Los mismos apetitos que ella había despertado y alimentado, querían penetrar en algo más dinámico, más aventurado, más en la fiebre de la actualidad. Jorge Roa era más audaz, más confiado en el movimiento intelectual que se iniciaba; pero su talento y su magnífica información lo ponían a cubierto del aluvión de paja impresa que la modernísima industria editorial desató sobre estas incipientes culturas americanas. Con olfato e instinto crítico, en verdad extraordinario, escapó él y libró a sus clientes del diluvio de tontería pretenciosa que ahora más que nunca se exhibe en las vitrinas.

Roa nos trajo por primera vez, en su idioma original, en sus mejores ediciones críticas, las obras de los directores del pensamiento que aún predominaban en el ambiente espiritual y que habían contribuido determinadamente a formarlos: Shelley y Keats, Macaulay y Carlyle, Dickens y Thackeray, Poe y Quincy, Walter Pater y Oscar Wilde, Turguenef y Tolstoi, Ibsen y Dostoiewski, Sainte-Beuve, Taine y Renán, Guyau y Fouillée, Gustave Flaubert y Guy de Maupassant, Emile Zola y Alphonse Daudet, Paul Bourget y Pierre Loti, Amiel y María Bashkircheff, Leconte de Lisle y Sully Prudhome, François Coppée y Paul Verlaine, D'Annunzio y Fogazzaro, por no citar sino los más conocidos.

Hoy parece que tales nombres figuran en remotas constelaciones ya clásicas; pero algunas de esas producciones nos llegaron al mes de aparecidas. Aún más, recuerdo haber leído durante un veraneo, en un potrero de Usaquén, en el mes de diciembre de 1893, el libro después famoso de Jules Payot, *L'éducation de la volonté*, que sólo se puso en venta en París en enero de 1894, ello debido a un arreglo de Roa con el editor Félix Alcan, quien le despachaba los libros acabados de imprimir en noviembre, pero que allá no se le ofrecían al público sino como *étrennes* el 1º de enero siguiente y con la fecha de año nuevo.

El elegante editor Alphonse Lemerre le hizo saber en París a Paul Bourget que en Bogotá, en la Librería Nueva, se habían vendido cerca de un millar de sus volúmenes, lo que dio lugar a una expresiva carta de Bourget para Roa.

Roa fue editor a su turno, y especialmente de la benemérita colección de la *Biblioteca Popular*, 250 entregas en 25 volúmenes, repertorio precioso de producciones colombianas y extranjeras, seleccionadas con singular talento, editadas muy económicamente y modestamente, pero con cuidado y corrección excepcionales. Fue y sigue siendo uno de nuestros mejores instrumentos de cultura. La idea de ella surgió en José Camacho Carrizosa, inspirada por una publicación similar francesa, y él preparó algunas de las entregas iniciales. Le propuso la empresa a Roa, quien la asimiló en seguida y supo realizarla y continuarla con sentido práctico, gusto literario y acucio-

sidad constante. A un laborioso bibliógrafo le oímos no ha mucho don Antonio Gómez Restrepo y quien esto escribe, que la inspiradora y realizadora de la *Biblioteca Popular*, según se le dijo a él, había sido una señora de aficiones literarias, autora de versos y articulitos románticos, bastante tocada de sensiblería y bastante bachillera, que jamás tuvo participación directa ni indirecta en la confección de la *Biblioteca Popular*. Tanto Gómez Restrepo como yo, que conocíamos muy de cerca este caso, protestamos perentoriamente contra esa leyenda que empieza a crearse y que es una fantasía gratuita.

Inolvidable memoria de la librería de Roa fue su ilustre y trascendental tertulia. En algún escrito mío sobre Carlos Martínez Silva hablé ya de esa tertulia. Podría decirse que éste y el dueño de la librería constituían el centro de ella. Los otros contertulios habituales eran Luis Martínez Silva, Francisco A. Gutiérrez, Bernardo Escobar, Jaime Córdoba, Juan Bautista Pombo, Cecilio Cárdenas, Enrique Restrepo García, Carlos Eduardo Coronado, Santiago Samper, Emilio Fergusson, José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres, José Asunción Silva. Los ocasionales eran Rafael Pombo, Jorge Holguín, Roberto Suárez, Luis G. Rivas, Diego Mendoza, Antonio Gómez Restrepo, Guillermo Camacho, Evaristo Rivas Groot, José Joaquín Pérez y otros. Por ella pasaron Jorge Isaacs, Santiago Pérez Triana, Fidel Cano, Guillermo Valencia, Tomás Carrasquilla.

Emilio Bobadilla, o sea Fray Candil, el áspero y procaz crítico cubano, en su estancia de meses en Bogotá se aficionó a esa tertulia. A pesar de su petulancia, allí se producía poco y más bien escuchaba silencioso. Una noche, al salir de brazo con el *Oso Rivas*, le dijo: "Cuando llegué a Bogotá figuréme que iba a *descrestar* a todos ustedes; oyéndolos, he llegado a persuadirme de que soy un majadero."

Entre aquellos *otros* con que atrás terminé alguna enumeración, se hallaba un caballero muy severo, muy estricto y muy intransigente, conservador histórico que no gustaba de los conservadores nacionalistas por no hallarlos suficientemente ortodoxos y suficientemente virtuosos. Mas a pesar de su inquina contra los nacionalistas, alguna vez que se habló de aproximación de los históricos a los liberales, protestó con violencia contra toda aproximación de *los buenos a los malos*. Llegué a creer que él asistía con repugnancia a la tertulia consabida, por hallarse allí en contacto obligado con liberales, pues al verle uno evocaba a san Cirilo de Alejandría en los concilios a que asistían los heréticos nestorianos. Alguna vez encontrábame yo sentado a su lado, cuando Martínez Silva hablaba de doña Emilia Pardo Bazán y de su libro *San Francisco de Asís*. Al terminar aquél, en voz baja le pregunté a mi vecino si él había leído el estudio sobre san Francisco, de Ernesto Renán. "¿Cómo puede suponer usted —me respondió con acritud— que yo me haya ensuciado el alma leyendo una página de ese hombre?" Dime cuenta de que yo había alcanzado mi merecido, y permanecí mudo. Poco después comenzó la prensa europea a ocuparse en un libro aparecido en esos días, sobre san

Francisco, por un gran cristiano, Paul Sabatier. Eran casi unánimes los elogios: *Le Correspondant*, o sea la revista católica ortodoxa; la *Revue des Deux-Mondes*, o sea la ecléctica; el crítico de *Le Temps* y el de *Le Figaro*, todos acordes encontraron admirable y muy cristiano el libro; pero, sobre todo, el abate Félix Klein lo proclamaba el libro mejor inspirado sobre san Francisco. Pasaba yo por la Librería Americana en momentos en que José Vicente Concha hacía abrir unos paquetes de libros sobre el mostrador. Entré por curiosidad, y el primer desempacado fue el libro de Sabatier. Todo fue verlo y ponérmelo bajo el brazo.

Al analizar las fuentes de su libro, dice más o menos Sabatier: "Debemos reconocer que hasta ahora nadie ha escrito sobre san Francisco como Renán; nadie ha comprendido tan bien su espíritu y su significación; nadie ha penetrado tan hondo en la entraña de esa naturaleza maravillosa que se aproximó como ninguna a Jesucristo, y Renán siempre que habla de san Francisco, en cualquiera de sus escritos, lo hace con emoción."

Llevé el libro a la librería de Roa, lo escondí en un cajón que me servía de apartado, y aguardé la ocasión. Esta se presentó luego. Casi el mismo personal, y entre éste mi regañón de inexpugnable virtud. Pronto pude llevar con cautela la conversación al tema requerido, y preparado el golpe le dije con dulzura: "Doctor, ¿ha oído hablar usted de un libro sobre san Francisco de Asís, por un autor para mí desconocido, un tal Paul Sabatier?" Sonriéndose con desdén, me respondió: "Ya lo creo: Rafael Carrasquilla y yo lo estamos esperando con mucho anhelo. Ha de saber usted que ese autor a quien usted considera desconocido, ha merecido sufragio universal de los cristianos." Pues doctor —le repuse—, aquí está el libro tan deseado: verá usted en él, ahora mismo, lo que dice respecto de Renán." Una vez impuesto, le agregué: "Ya ve usted que Sabatier no se ensució el alma leyendo esas páginas de Renán, y ya ve usted que en Colombia se encuentran ciertos católicos más católicos que el Papa." Y me dirigí en seguida al doctor Martínez Silva para hablarle de otra cosa.

Pasado algún tiempo, el general Rafael Reyes nombró al sujeto de virtud tan acrisolada para un cargo diplomático secundario en Europa, y por primera vez salió al exterior. Al llegar a París, experimentó un deslumbramiento y una especie de embriaguez, y aquel hombre que no quiso nunca juntarse con *los malos*, comenzó a unirse con delicia y con cariño a *las malas*, hasta el punto de olvidarse de todo lo que dejó en Colombia.

Y con ello doy término al relato tan fatigante para quien lo ha hecho y, sobre todo, para quien lo escuche o lo lea.